

JUAN JOSÉ GARCÍA NORRO (COORD.),
Julián Marías: Maestros y amigos

Escolar y Mayo, Madrid 2015, 170 pp.
ISBN: 978-84-16020485

Tal como se dice en el preámbulo del presente libro, un centro universitario mide su prestigio, fundamentalmente por la calidad de sus profesores, y quizá habría que agregar por la calidad de sus alumnos. Julián Marías debió de ser lo primero, pero por circunstancias ajenas a su voluntad no tuvo la suerte de ser lo segundo en una época denominada como: “La Edad de Plata de la cultura española”. Aunque más bien se trató de una época dorada. Posiblemente no pudo dar clases en sus aulas, pero lo que no dijeron sus labios lo hicieron sus numerosos libros que vieron la luz, en circunstancias históricas particulares tal cual se acaba de afirmar, ello sin duda forjó su trayectoria vital, encaminó su trayectoria intelectual. Julián Marías bebió de la fuente de autores tales como Ortega, Morente, Zubiri, Gaos, Zambrano y Aranguren. Con tales raíces un árbol solo puede dar frutos excelentes.

Durante el mes de noviembre de 2014 se organizaron unas jornadas que conmemoraron el centenario del nacimiento de Julián Marías, la mayoría de cuyas intervenciones fueron recogidas en el libro que se reseña. Este no solo narra el periplo intelectual de un pensador, sino que también en sus páginas se lee filosofía que puede denominarse como vital. Como corolario de lo anterior se afirma que la vida no se nos da hecha, es preciso que cada uno haga la suya. Somos creadores de nuestro ser, pero, en la misma medida de que somos hechos por los otros, nos construimos mutuamente. Así se detalla que conocer bien a un ser humano requiere conocer a fondo a aquellos con los que ha convivido y, en especial, quienes cuyo trato buscó expresamente y eligió con libertad y gusto. Estos son en primer lugar los maestros, de quienes se aprende, a quienes se sigue, por plena convicción. Después de ellos vienen los amigos, en los que reconocemos personas similares a nosotros, o a veces extrañamente opuestas, pero siempre sentidas como indispensables para aliviar la soledad inicial que nos persigue desde que nacemos. Punto aparte merece la persona que se elige como compañera de vida, con ella se aspira a llegar a una unión superior a la de la relación de amistad, se anhela vivir un proyecto común.

Puede afirmarse que el gran acierto de esta obra es manifestar aquello de que una de las mejores maneras de acercarse a un ser humano, en este caso, un pensador, es aproximarse a aquellos con los que convivió y tomó en cierta forma como modelo.

El libro en primer lugar hace referencia a los maestros, partiendo posiblemente por el principal, por Ortega, cuya devoción Marías mantuvo toda su vida. A él le dedica varias páginas Jaime de Salas, procurando centrarse en la recepción del pensamiento orteguiano en la España de la segunda mitad del siglo XX y el papel preponderante que en ella desempeñó Julián Marías. La figura del pensador vallisoletano dentro de la filosofía académica y la cultura española no se entiende sola, sino como continuación de la de Ortega. Julián Marías fue uno de los pilares de la recepción de Ortega, lo cual en un principio era bastante complicado por las circunstancias políticas que se vivían. Uno de los aspectos más importantes en esta recepción, que no fue tan solo académica, sino vivencial, se refleja en la posición adoptada por Marías en lo referente a su dedicación a la filosofía, lo cual responde a una llamada vocacional. Se trata de tener necesidad de ella y por ello, de una voluntad de verdad que impere en todo caso haciendo que la reflexión se haga cargo de las creencias que han perdido su vigencia. Se trata de llegar a la verdad desde dentro. Sin perjuicio de lo anterior, la figura de Marías, su real mérito, no puede medirse tan solo en referencia a la recepción de Ortega, sino por lo que ejemplarizó en su propia vida, una búsqueda incesante de la verdad, un aventurarse permanentemente en ella desde la razón.

Rogelio Rovira analiza la relación entre Manuel García Morente y Julián Marías, el primero, como se sabe, ocupaba la cátedra de Ética en la Facultad de Filosofía y a su vez fue decano de aquella. García Morente, como bien se señala, no ha sido un filósofo original pero sí uno auténtico, detrás de su pensamiento existe una laboriosa y auténtica vocación, lo cual también se logra vislumbrar en la trayectoria de Marías. Asimismo este pudo disfrutar del trabajo que como decano realizó el propio García Morente. Ejemplo ilustrativo de esta labor fue el viaje que por el Mediterráneo se organizó y que realizaron algunos alumnos, los que metafóricamente no solo surcaron las aguas del mismo, sino que se adentraron con una núbil madurez en los puertos culturales de este mar. Además durante su mandato se construyó el nuevo edificio que empezó a albergar la Facultad de Filosofía y Letras.

Se descubre luego la figura de Xavier Zubiri. Juan Padilla se refiere, subrayando la conexión de estos dos eximios intelectuales españoles, al problema de Dios; este sin duda fue el objeto de las preocupaciones e in-

quietudes de ambos. Acercarse a este misterio de la mano de la filosofía no es fácil, pero estos dos pensadores hispánicos pensaron ese misterio. El problema de Dios es un punto de partida, este se funda en lo que el hombre entiende en cada caso por lo mejor y lo que más plenamente es. Depende de la idea del ser y de la realidad y, por añadidura, del bien. Se desprende acertadamente de las páginas de esta obra que este misterio es decisivo para la vida de todo hombre. Aquello que el mismo pueda afirmar de Dios, desde su existencia y desde la relación del mismo con el mundo y con quien propiamente reflexiona sobre él, se manifiesta una aseveración categórica: en el problema de Dios se cifra la filosofía entera. Marías no elude el problema de Dios, y al igual que Zubiri logra, tal como bellamente se dice en el libro reseñado, la convicción de que Dios se encuentra en situación de perenne latencia, de que su modo propio de darse es el de una aurora permanente, sin mediodía, al menos mientras dure la presente estructura de la vida. El pensamiento de Marías, sin mirar directamente a Dios, recibe de Él luz y calor.

Rafael V. Orden Jiménez hace referencia al *alma mater* de Julián Marías, la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid. En esta se destaca la vida intelectual y de convivencia que se vivía en la misma, lo cual provocó que se desarrollara un vínculo muy fuerte entre los estudiantes, no tan solo de amistad, sino que también el sentir y pensar de que se formaba parte de algo importante, de una institución que no impartía tan solo conocimientos, sino que enseñaba a pensar, la filosofía que en sus aulas se impartía no tan solo constaba en los libros, se respiraba en el ambiente que en aquellos años se vivía.

Entre todas esas figuras de maestros surge otra que les antecede, surge Unamuno, quien fue un personaje indispensable en la maduración del joven Marías, como también de toda la intelectualidad española de la primera mitad del siglo XX. Si bien este no fue un maestro directo, sí marcó las inquietudes filosóficas del intelectual vallisoletano. No se duda del alcance filosófico de este pensador, pero tampoco se desconocen sus internas contradicciones, su carácter inclasificable y extraño. Marías muestra que la obra unamuniana tiene un profundo valor por su capacidad de entrar en el *intus* de la persona, en su interioridad o alma. Inesperadamente la obra del guipuzcoano refleja que el hombre es un animal *amorosus*, que busca y ansía la inmortalidad. Julián Marías, posiblemente no concuerda con Unamuno, pero rescata su valor, su originalidad, su lugar dentro del pensamiento español.

Luego de los maestros corresponde hablar de los amigos. Enrique Lafuente Niño traza una hermosa semblanza de una amistad fraterna

erigida sobre la afinidad incuestionable hacia las profundidades del alma; nos referimos a la amistad nacida entre el propio Marías y Enrique Lafuente Ferrari. Para el primero, Lafuente no es tan solo uno de los principales protagonistas del pensamiento español, sino que resalta sobre todo su altura moral, acentuada en una valentía de estar siempre donde se debe estar, diciendo la palabra justa y debida o callando lo que no se debe decir.

El ansia de Julián Marías por la amistad era mayor hasta tal punto que se dejan entrever en las páginas de sus memorias mucha dedicación, para reflejar toda la importancia que tiene la misma en su vida. Entre esas amistades destaca, y es narrada de una manera profunda y con rasgos de notoria intimidad por Juana Sánchez-Gey Venegas, la sostenida con otra figura del pensamiento hispánico del siglo pasado, nos referimos a María Zambrano, quien también fue discípula de Ortega. Como testimonio de ello se aportan tres cartas escritas por el filósofo a la pensadora malagueña. Si bien se afirma que entre Marías y Zambrano no existe una amistad íntima, de las que siempre se están requiriendo uno al otro, sí que existe una sintonía en buscar, escribir y ser testimonio de la verdad pensada.

Olegario González de Cardedal se refiere bellamente a la influencia que recibió de Marías en su vocación de teólogo. Posteriormente hace mención de algunos sacerdotes tales como Ceñal o Querejazu, quienes influyeron en la persona de Marías desde la honestidad y la claridad de espíritu que solo puede arrojar la misericordia. El filósofo se ocupa del cristianismo como pensador situado en la historia, como filósofo profesional y como cristiano en activo. Su obra, al procurar narrar los cimientos de una antropología fiel a la persona, resulta ser continuadora de la verdad evangélica, desde una reflexión y meditación razonada y constante.

Pero todo lo anterior no tiene sentido si no se hace referencia al “proyecto de Marías”, y tal tenía nombre y apellido, era su mujer, quien no solo fue su compañera de vida, algo esencial, sino que también aportó un permanente y suficiente juicio, tal como posteriormente se revela en la entrevista que Marías concede al escritor francés Christian Chabanis, la cual consta en el apéndice del libro. Nieves Gómez Álvarez, de manera muy clara y hermosa, se refiere a la relación surgida y vivida entre Julián Marías y Dolores Franco, hasta tal punto que se puede afirmar y así lo hace ella, que no se podría comprender su obra filosófica, sin haber contado con la instalación amorosa hacia su mujer, intensificada progresivamente durante los años que permanecieron casados (1941-1977),

con un mutuo temple entusiasmado, como bien describe. A esta intensa relación vital le debemos temas tan sugerentes como la condición sexual, la razón vital femenina, la amistad intersexual o el tema del enamoramiento como una instalación proyectiva y una variación ontológica de la persona. Fueron, en tal sentido, numerosos los libros fruto de este encuentro y de esta vida en común.

Para concluir, Ana Rodríguez de Agüero y Juan José García Norro analizan la importancia que Marías concedió a la literatura y al cine. En el primer caso, de manera muy concisa y bien argumentada se estudia la importancia del fenómeno literario en la trayectoria biográfica de Marías y por supuesto en su trayectoria intelectual, de lo cual se desprende la rica interrelación entre literatura y vida, como lo específico de las relaciones existentes entre lo literario y algunas de sus aportaciones filosóficas principales, como bien se describe. En el segundo caso, también se narra de manera muy detallada y reflexionada el problema que significó el cine en la meditación de Julián Marías, quien logra denunciar la burda diferencia entre lo real y lo imaginario, como correctamente se argumenta. Lo imaginario y lo real están entreverados de continuo, lo que no obsta para mantener la diferencia comprensible, para cualquiera, entre lo que llamamos mundo real y lo que denominamos mundo de ficción o imaginación. Marías a partir de la filosofía de la razón vital considera que al hombre la vida no se le ha dado hecha, sino que debe hacérsela día a día. En términos cinematográficos puede plantearse que el hombre, a diferencia de un actor, no debe tan solo interpretar un papel, sino que por medio de su libertad debe escribir el guion de su vida, con su imaginación crea las posibilidades mismas de dicha vida y, por ello, salva sus circunstancias, mediante la construcción y vivencia de su proyecto, de su persona.

MARTÍN ROCHA